

La momia.

El Doctor Escéptiquez se encontraba en su despacho repasando toda la información de la momia encontrada 3 años antes y estudiada bajo su dirección.

El Doctor contaba con 50 y tantos años de edad y un extraordinario currículum. Una brillante carrera desde sus estudios de arqueología, pasando por una larga y corroborada experiencia en el análisis del Antiguo Egipto, y llegando a un puesto honorífico en la estratificación de la Egiptología clásica y rimbombante. Una eminencia, en definitiva.

Disponía ya de profundos datos, como análisis genéticos, textos interpretados, tomados de pergaminos y de inscripciones en piedra de los templos que ese faraón había construido... bueno, no los había construido él, sino sus súbditos, su nombre escrito en numerosos cartuchos en tales textos y en el sarcófago que contenía la momia, pruebas de la ascendencia y descendencia familiar, dataciones con carbono 14 y otros isótopos radiactivos, etc., etc.

Toda la información de la que disponía el Doctor estaba refrendada por su propia y experta dirección, así como por la eficacia probada del equipo que había participado en el análisis, doctores y doctoras en arqueología y otras ciencias con sus títulos y experiencias homologadas por la tres veces real universidad de Villanilo, no del bajo Nilo, sino del alto.

Sin embargo, el Doctor tenía que comprobar por sí mismo. Anunció su intención, y se presentó por la mañana temprano, ésta era una de esas cosas que hay que hacer tempranito, en el laboratorio donde estaba la momia. Presentes todos los miembros del equipo, incluso el señor de la limpieza.

La momia estaba cubierta con una tela aséptica. El Doctor se situó junto a ella y asintió. Su colaborador retiró la tela, el Doctor contempló la momia por tan solo un segundo, y dijo, rotundo: “Sí, está muerto”.

Todxs lxs presentes estallaron en una fuerte carcajada, pero el Doctor no había hecho un chiste.

Jesús Estrada. Diciembre de 2020. www.nuevaera.info